

Violencia y configuración de la alteridad

Aportes para la desestigmatización y construcción de una nueva afectividad

GABRIELA GONZÁLEZ* | CLAUDIA LILIANA PERLO**

PRESENTAMOS AQUÍ AVANCES DE INVESTIGACIONES en curso desde las que se busca analizar la problemática de la violencia y el reaprendizaje de la afectividad como instancia fundante para la prevención de la misma. A partir de este trabajo abordamos los imaginarios y supuestos en torno a la violencia y vulnerabilidad en una institución del ámbito municipal con anclaje territorial, tanto desde las políticas públicas como desde todos los actores involucrados. La propuesta se inscribe en un enfoque cualitativo que, desde comienzos de 2015, venimos desarrollando en barrio Iriondo, en la ciudad de Rosario, Provincia de Santa Fe. El eje central de análisis que atraviesa este trabajo es la configuración de la alteridad en contextos particulares, caracterizados como “peligrosos”.

Palabras claves: vulnerabilidad, violencia, alteridad, afectividad, aprendizaje.

WE PRESENT PROGRESS OF ONGOING INVESTIGATIONS from which it seeks to analyze the problems of violence and relearning of affectivity as a founding instance to prevent it. From this work we address the imaginary and assumptions about violence and vulnerability in an institution at the municipal level with local roots, both public policies and from all social actors involved. The proposal is part of a qualitative approach, since the beginning of 2015, we have been developing in Iriondo neighborhood in the city of Rosario, Province of Santa Fe. The central axis of analysis that goes through this work is the configuration of otherness in particular contexts characterized as “dangerous”.

Key words: vulnerability, violence, otherness, affectiveness, learning.

* Becaria posdoctoral IRICE-Conicet, Rosario, Argentina.

** Investigadora adjunta IRICE-Conicet, Rosario, Argentina..

Presentación

Este trabajo se inscribe en dos proyectos de investigación¹ en curso, pertenecientes al área de Aprendizaje y Desarrollo de IRICE-Conicet. Presentamos aquí las primeras aproximaciones que hicieramos en el marco de tales proyectos, en torno a la problemática de la violencia y cómo la misma configura los vínculos entre unos y otros en una institución de anclaje territorial de la Municipalidad de Rosario. En esta instancia de campo se trabajó acerca de mandatos que atraviesan a la institución en cuestión y los imaginarios construidos sobre la misma y sobre el barrio donde ésta se encuentra emplazada. El material de análisis que abordaremos en este trabajo lo constituyen documentos institucionales² y situaciones observacionales compartidas con trabajadores de la institución. A continuación presentamos algunas características del barrio donde la institución se encuentra emplazada a los fines de contextualizar la misma. Luego presentaremos dos de los imaginarios que fueron emergiendo a lo largo del trabajo de campo, a saber, vulnerabilidad y violencia. Por último nos detendremos en el análisis de los mismos, con el objetivo de adentrarnos en sus atravesamientos y sentidos más profundos. Finalizamos el trabajo con conclusiones donde ponemos énfasis en cómo pasar de lo que parece ser “un callejón sin salida” al cauce de un río que fluye por la diversidad de la vida.

La institución, el barrio...

La institución a la que hacemos referencia forma parte de un dispositivo de anclaje territorial dependiente de la Secretaría de Desarrollo Social de la Municipalidad de Rosario.³ Si bien dicho dispositivo comprende un

1. Por un lado el proyecto “Atención de la seguridad social y prevención de la violencia: reconstruyendo los vínculos en la comunidad” (PICT, 2014-2017), dirigido por Claudia Perlo, y por otro, el proyecto posdoctoral “Arqueología de la construcción sociopolítica de la violencia y su relación con las configuraciones de la alteridad”, a cargo de Gabriela González.

2. *Plan de convivencia barrial* (2013); *Informe sobre la implementación del Plan de Convivencia* (2014); *Manual operativo de las instituciones territoriales* (2014); *Planificación institucional Barrio Iriondo* (2014).

3. Rosario es una ciudad de la provincia de Santa Fe (Argentina) y la tercera con más habitantes del país.

conjunto de espacios distribuidos en determinados barrios de la ciudad, a los fines de este trabajo nos hemos centrado en uno de ellos. El mismo se encuentra emplazado al sur de Rosario y su alcance comprende 770 familias que viven alrededor de la institución.

A modo de contextualizar la institución aludida, reponemos algunas características que hacen al barrio donde la misma se encuentra emplazada y a las familias que lo habitan. Barrio “Iriondo” es uno de los tantos “territorios” que en la ciudad de Rosario es identificado en el imaginario social, nunca exento esto de la influencia mediática, como “peligroso”. Una peligrosidad sostenida en relación con ciertos parámetros de vida que devienen en indicadores sustanciales a la hora de considerar qué barrio forma parte del denominado “mapa rojo” y cual no. En este sentido, la presencia de *bunkers* para la venta de droga, la violencia y la portación de armas suelen ser las problemáticas más destacadas. Del mismo modo, las familias que lo habitan, al formar parte de esta dinámica territorial, pasarían a constituirse en protagonistas de un sinfín de situaciones de violencia tanto personales como grupales.

El tema de la inseguridad o el “sentimiento de inseguridad” (Kessler, 2009) aparece, de este modo, como una contradicción que permanentemente es puesta en tensión. Por un lado, el reclamo de mayor presencia policial y/o de Gendarmería en el barrio aparece como la “respuesta” social construida frente a esa “peligrosidad” que caracterizaría este territorio. Mientras que por otro, la relación entre las fuerzas de seguridad y la droga y la persecución de los jóvenes no deja de ser una preocupación significativa. Cabría en esta diferenciación destacar que no es lo mismo el relato presente en los jóvenes, que las narrativas construidas principalmente por las madres de tales jóvenes. De manera similar, los preconceptos en torno a la policía y a la Gendarmería también difieren unos de otros en términos de autoridad/no autoridad. En tanto suele identificarse a la policía en una relación de semejanza dada su asociatividad delictiva, la Gendarmería aparece como una figura más confiable y de más autoridad, “hasta que empiece a transar” enfatizan algunos.

De lo hasta aquí esbozado, subrayamos la centralidad que los jóvenes adquieren en las caracterizaciones aludidas, no porque ello se convierta en una problemática en sí misma, sino como interrogantes por el lugar que se les asigna a muchos de ellos, en contextos singulares como barrio Iriondo. ¿Cómo evitar caer en ciertas estigmatizaciones o demonizacio-

nes a la hora de referirse a determinadas problemáticas vinculadas con algunos jóvenes, sean éstos hombres o mujeres?, ¿la problemática que comúnmente resuena sobre jóvenes de contextos *periféricos* adictos y delincuentes no debiera ser reemplazada por la de la presencia de drogas y armas en barrios de nuestra ciudad?, ¿qué imaginarios contribuyen a sostener cuando generalizamos y personalizamos situaciones que exceden a un barrio determinado y a una franja etaria particular?

Imaginario 1. Vulnerabilidad

En nuestros primeros acercamientos y encuentros con los trabajadores de la institución en la que centramos este trabajo, fuimos deconstruyendo algunos imaginarios que, en la medida en que también eran parte de algunas políticas públicas, darían lugar a la creación o fortalecimiento de ciertos supuestos anclados en la sociedad en su conjunto. De esta manera, partimos de una idea de sentido compartido como primera instancia de aproximación a tales políticas públicas locales, las cuales giran en torno a cómo las mismas se encuentran dirigidas a una “población de mayor vulnerabilidad social” (*Plan de convivencia barrial*, 2013). Se trata de una caracterización que, más allá o a pesar de aquellos aspectos que permiten definir situaciones de vulnerabilidad, han contribuido a construir y sostener un imaginario respecto de ciertos territorios señalados como “peligrosos” y de los sujetos que los habitan como vulnerables, cuando no agentes de violencia. Los caminos que llevan a esta caracterización estarían dados por medio de la elaboración de determinados indicadores cuantitativos que forman parte de los diagnósticos e informes en los que se basan toda planificación y elaboración de las políticas públicas en cuestión. En este sentido, en una conversación con una de las trabajadoras de la institución aparecía la siguiente problematización:

¿Quiénes son los vulnerables, quiénes son los vulnerados? El modo de objetivar la información de las características del territorio, cuántos tienen documento, cuántos van a la escuela, creo que eso es el diagnóstico que escribimos nosotros [...] cada vez que nos preguntan si trabajamos con la población objetivo del Plan y esa pregunta a nosotros siempre nos movilizó y nunca pudimos encontrarnos con, no sé, algún modo de decir cómo es el barrio, qué características tiene, que

no nos parezca a veces estigmatizante o dando por supuesto que todas las personas que viven en determinados lugares son personas vulnerables (Carina).⁴

Parfraseando a Austin (1982) “las palabras hacen cosas” y más aún en contextos institucionales enmarcados por ciertas políticas, ideologías y lineamientos. De este modo, se habla de una población, de un territorio, de márgenes, de vulnerabilidad, de violencia; es decir, construcciones subjetivas con las que trabajamos y que, al mismo tiempo, se encuentran influidas por lo que se ha definido como una “sociedad de control” (Foucault, 1979), regulada además por determinados organismos. Profundizando entonces en cómo ciertos marcos habilitan la construcción y deconstrucción de ciertas imágenes y caracterizaciones, algunas estigmatizantes, otras demonizantes, nos encontramos con un conjunto de programas sociales que al tiempo que remarcan la necesidad de inclusión de los “sectores más vulnerables”, se centran en propuestas que lejos estarían de dicho objetivo al momento de su puesta en práctica.

Un aspecto por demás significativo que aparece en los relatos de algunos de los trabajadores con los que compartimos distintas instancias de campo, es la tensión permanente entre lo dicho, esto es, trabajar con poblaciones vulnerables, y lo no dicho. Lo no dicho se encontraría determinado por una serie de calificativos que definen a los sujetos no tanto por sus singularidades, potencias y deseos, sino por sus faltas, carencias y situaciones de maltrato y de violencia.

Si bien no se termina de decir, lo que se entiende en el aire es que el reventado, el que está hecho re cuero, si más te golpearon cuando eras pibe, ese sería el que tendría que venir a la propuesta. Y hay un montón de chicos más que hay en el barrio. Nosotros pensamos que es para todos, para niños, para jóvenes. Entonces nosotros caemos en “che, pero las chicas que vienen a los talleres, debería ser una propuesta para chicas que estén en la población objetivo. ¿Querés que te nombre todas las cosas por las que está pasando esta chica para justificarte porqué viene o porqué la convocamos?”. En realidad también se juega el interés del otro, considerarlo en la invitación que uno hace, sino lo etiqueto, te invito y como vos tenés esa etiqueta tenés que participar, sí o sí (Mariana).⁵

4. Carina (35-40) es científica de la educación y desde 2010 trabaja en barrio Iriondo, tiene un recorrido previo en otras dependencias municipales.

5. Mariana (35-40) es comunicadora social y se incorporó al barrio en 2007. Con anterioridad a esta fecha participó en un programa de viviendas, bajo la órbita también municipal.

Simultáneamente, las propuestas aquí destacadas, consistentes en la enseñanza de oficios que permitan luego la inclusión de los sujetos participantes en el mercado de trabajo, poseen una contraparte en dinero por la asistencia al curso. No es, sin embargo, esta contraparte o el objetivo de inclusión dentro del mercado lo que estaría puesto en cuestión, sino el cómo las diversas propuestas son llevadas a la práctica cuando se asevera que los cursos, por ejemplo, no presentan la rigurosidad que el aprendizaje de un oficio requiere y que la obtención del dinero culmina siendo prioritaria. ¿Qué aspectos e intereses movilizan a un adolescente, por ejemplo, a la hora de optar por realizar un oficio?, ¿es la mera realización de un curso “x” posibilidad suficiente para la inclusión de un sujeto “vulnerable”? Si los destinatarios directos de estas propuestas forman parte de una población vulnerable, ¿puede tan sólo la inclusión en el circuito laboral transformar esta condición?, ¿existe alguna relación entre la realización de estas políticas y/o programas y el incremento de la fuerza policial y la Gendarmería en estos barrios?

Son muchas las preguntas que podríamos continuar haciéndonos, pero nuestro interés más que en un cuestionamiento en sí de determinados programas, apunta hacia la problematización de aquellas políticas públicas que buscan la inclusión de algunos sujetos a partir de propuestas enmarcadas en un doble dispositivo de inclusión/exclusión. Retomando lo anteriormente presentado respecto al empleo de indicadores cuantitativos que permitan evaluar si un sujeto pudo o no ser “incluido”, la “cantidad” parece más importante que la “calidad”. Pareciera así que el número de jóvenes incluidos en un programa tendría más valor en términos políticos, que cuántos de ellos pueden llevar adelante un proceso transformador de sus propias vidas. En palabras de Carina:

La vía de ingreso que encontró el Estado en este momento para llegar a esos jóvenes es pagarle una beca de 750 pesos, con lo cual hasta la beca pierde sentido en determinado momento porque es “paguemosela igual para que venga, después vemos qué hacemos”. Como que la beca y la capacitación sean una excusa para que el pibe llegue, luego vemos qué hacemos para incluirlo y las cosas que haya que hacer con una persona que le pasan un montón de cosas. ¿Tiene ganas de hacer, de aprender electricidad?, entonces la respuesta es “no importa, lo que le tenemos que generar es las ganas, por lo menos que llegue”.

Por el contrario, sostenemos que uno de los caminos posibles debería considerar, entre muchos otros, la recuperación del deseo. Una recuperación a partir de la cual poder poner en pie a un sujeto en toda su integridad, como así también a nosotros mismos y que parta de tener en cuenta al *otro* como un legítimo *otro*. Una legitimidad capaz de dejar a un lado aquella perspectiva lineal que reduce el vínculo con el *otro* a una relación de víctimas y victimarios, es decir, como “pobre”, “vulnerable”, “violento”, “adicto”, “delincuente”, “peligroso”, etcétera. Si bien vulnerabilidad, en el sentido en el que la entendemos, es desarrollada en el marco de ciertas políticas públicas, aparecería definida como ausencia de poder personal, sostenemos que toda situación de vulnerabilidad implica desempoderamiento. De este modo vulnerabilidad y poder se encuentran estrechamente vinculados. Aludimos aquí a una concepción de poder que hemos estudiado en trabajos previos en nuestro equipo de investigación (Perlo y López, 2011). En este sentido, el poder no es entendido como dominio y control por sobre los otros, sino como una capacidad biológica, autopoietica de todos los seres vivos de autogenerarse. Capacidad autoreferencial que ha sido reprimida por una sociedad disciplinaria (Foucault, 1975) que ha despojado a lo humano de su más profundo sentido.

Imaginario 2. Violencia

De acuerdo con lo explicitado hasta aquí, para que el mencionado proceso de exclusión/inclusión cobre sentido, se requiere la construcción y el sostenimiento de ciertos imaginarios que, conforme van sedimentándose en el cuerpo social, parecerían culminar por arraigarse. Así, determinadas configuraciones de alteridad, de vulnerabilidad y de violencia, inscriptas además en ciertos territorios, encontrarían asidero en el conjunto de la población, más allá de los diversos matices existentes. Si bien, tal como destacan Garriga Zucal y Noel (2010), estas configuraciones en sus usos “nativos” aparecen más como términos morales que descriptivos, es necesario no reducir la tensión que entre las categorías nativas y las analíticas se produce y repensar las implicancias que conlleva la no problematización de ciertas afirmaciones provenientes del sentido común. Al mismo tiempo, la realización de ciertos programas tendientes a la “inclusión” y su

contraparte dada por la presencia policial devienen en un eje significativo y paradigmático dentro de este mismo contexto.

Dado que la violencia es más bien un término polisémico, algunos autores incluso refieren a violencias en plural, su abordaje conlleva considerar diversas dimensiones y aspectos que la caracterizan, además de los que hemos esbozado en párrafos anteriores. De manera particular, no es casual que a la hora de desarrollar determinadas políticas públicas orientadas a las “poblaciones más vulnerables”, las mismas se enmarquen en aquellos barrios de la ciudad (territorios) a los que, a su vez, se los identifica como “peligrosos”, “zonas rojas” o “calientes”. Violencia y vulnerabilidad parecen así ir de la mano, en la medida en que el sostenimiento de este vínculo da lugar a la construcción de “formas demonizadas de la otredad” e intentos de emplazar las violencias en un esfuerzo por controlarla. Siguiendo a Reguillo (2008), en nuestras sociedades modernas coexisten diferentes actores a los que se los identifica como responsables del deterioro social, entre ellos se encuentran políticos y policías por un lado y, por otro, aquellos sujetos vinculados con la “pobreza”, cuya condición los convierte en “portadores de los antivalores de la sociedad y propagadores del mal” (Reguillo, 2008:66). En este sentido, encontramos una continuidad significativa respecto de aquellas posturas que en la década de 1990 aseveraban que particularmente los jóvenes de los sectores populares constituían la “expresión por antonomasia de la ‘población sobrante’” o clase peligrosa (Svampa, 2005:181). Dicha estigmatización se encuentra hoy revestida de una nueva dimensión, un principio de emplazamiento que lleva a la identificación de determinados territorios de acuerdo con el binomio seguridad/inseguridad. Este antagonismo, a su vez, conduce a establecer diferencias insoslayables entre quienes los habitan y quienes no, creando así la falsa ilusión de que por medio del control de los mismos es factible reducir sus efectos desestabilizadores. La política de control y saturación en distintos barrios de nuestra ciudad, acorde con un “mapa del calor” o del “delito” elaborado por el gobierno provincial es un claro ejemplo de ello.

Gendarmería desembarcará el lunes en cuatro barrios violentos de Rosario y pondrá puestos fijos de control sobre avenida de Circunvalación y los accesos a la ciudad. Las dos primeras barriadas confirmadas son Villa Banana y Tablada. Se sumarían Las Flores y La Cerámica. Los operativos irán mutando de zona,

según la dinámica del mapa del delito y el corrimiento de robos y homicidios (*La Capital*, 20 de mayo de 2015).⁶

Esta persona que me hizo la entrevista (laboral) me dice: “te espero en tal calle, paso con un taxi porque entrando sola es re peligroso”. Fue así como rara esa primera impresión, pero a partir de ahí después con la gente que encontré en ese momento laborando acá, súper agradable. Pero el primer, primer momento fue así raro, siempre me acuerdo, que ya de entrada que te dicen: “bueno, vamos a ir en un taxi, después que te acompañen”, porque esta persona después se fue, “que te acompañen porque es peligroso”. Y a partir de ahí fueron experiencias distintas todo el tiempo (Luciana).⁷

Al caminar por barrio Iriondo, esta identificación del barrio como peligroso y su consecuente política de saturación no sólo se hace visible, sino que además ha generado diversas controversias entre sus vecinos y entre los trabajadores de la institución territorial que aquí consideramos, tal como es presentado en la cita de arriba. A las tensiones suscitadas entre padres y jóvenes por la mayor presencia policial y de Gendarmería y a los recaudos enfatizados para con los trabajadores, se agregó el pedido de la convivencia entre dichas fuerzas y los miembros de la institución a la hora del almuerzo, como muestra de articulación entre unos y otros. En otras palabras, entre quienes ejercían funciones de control y quienes de inclusión.

Acá en un momento habían propuesto de que vengan a almorzar la policía de acción táctica y desde la Secretaría nos habían dicho que también querían dar la discusión con los trabajadores porque pensaban que en una institución como ésta también tenía que convivir, en el grado de convivencia y del Estado, la policía [...] qué va a venir a comer alguien acá que de repente no sabes si va a estar arrinconando un pibe en la esquina o los pibes no van a entrar de la misma forma si ven que acá viene la policía. Esta es una institución que trabaja en lo social y en lo social circundan un montón de esas cosas, lo social se sabe que se trabaja con familias que tienen una situación de economía irregular, o que tienen que

6. Véase además *La Capital*, 4 de abril de 2016.

7. Luciana (35-40) es profesora de nivel inicial. Su participación en el ámbito municipal comenzó directamente en barrio Iriondo en 2008.

ver con el delito, pero [...] Es muy común que los pibes te muestren todo lo que hacen malo cuando ya sienten una confianza, o que te inviten a tomar merca porque creen que es buena onda invitarte, pero me parece que el Estado cumple esa doble función, por un lado hace una cosa, por otro lado hace la otra (Lucas).⁸

Cabe destacar, sin embargo, que al acentuar en demasía la construcción de figuras amenazantes y la delimitación de aquellos lugares configurados por la violencia, no pretendemos negar o invisibilizar la agencia de los sujetos involucrados. Reflexionar en torno a la relación entre la responsabilidad individual y las restricciones socio-estructurales, conlleva una profunda complejidad que, muchas veces, se halla atravesada por ciertas posturas antagónicas. Por un lado, otorgar una potencialidad inusitada a la agencia, por el otro, soslayar la capacidad de acción de cada sujeto bajo los condicionamientos de la estructura. Ahora bien, ya sea que centremos nuestra mirada mayormente en uno de ambos aspectos, no es lo mismo el poder del Estado, que actúa a partir de todo su aparato “legal” y coercitivo, que la agencia individual o de sectores y organizaciones que accionan dentro de la sociedad civil o mediante ciertas instituciones.

El problematizar estas diferencias y los diversos posicionamientos que las mismas conllevan, ha permitido a los trabajadores de Iriondo establecer un puente entre las demandas y necesidades particulares de los vecinos del barrio y las dependencias municipales de las que dependen laboralmente.

Discusión

En seguida presentamos una discusión en torno a los dos imaginarios hasta aquí tratados, producto del análisis que realizamos hacia el interior del equipo de investigación y en el proceso de socialización llevado a cabo con el equipo de barrio Iriondo. En este sentido las categorías de *distancia social* e *inclusión/exclusión* han sido los ejes organizadores de este análisis.

8. Lucas (35-40) comenzó trabajando como animador social en un programa municipal orientado hacia jóvenes de determinados barrios de la ciudad y en 2012 ingresó a la institución territorial de Iriondo. En su rol de trabajador posee una activa participación sindical.

La distancia social

Las construcciones de sentido en las que nos centramos hasta aquí, respecto de la percepción de determinados barrios como peligrosos y de sus habitantes como vulnerables y/o violentos, se encuentran fuertemente arraigadas en nuestra sociedad. El énfasis puesto en ello por parte de los medios de comunicación, más precisamente en la noticia como productora de conocimiento, la realización de políticas públicas orientadas a la pobreza y la vulnerabilidad y el creciente “sentimiento de inseguridad” (Kessler, 2009) por parte de la comunidad, habría llevado a la naturalización de un hecho mucho más profundo y significativo, la distancia social entre quienes serían los portadores de ciertos valores morales de ciudadanía y quienes los transgresores de los mismos.

Se trata de una distancia que, si bien tiene que ver con la imposibilidad de establecer un vínculo con el otro tras el reconocimiento de ambos y no de la negación de uno, aparece siempre mediada. A modo de ejemplificar esta distancia, podemos remitirnos a la década de 1990 y la propagación de *countries* y barrios privados que aparecía como el elemento de seguridad y de diferenciación social por antonomasia. En la actualidad, las cámaras, la policía patrullando las calles, la Gendarmería y los operativos de saturación, vienen a multiplicar esa misma distancia, ahora al interior de nuestras ciudades. Entre *unos* y *otros*, la *cosa*, ese *objeto* portador de seguridad se transformaría en el nexo por excelencia que habilita o impide las relaciones interpersonales. Al mismo tiempo, dicha distancia, conformada por toda una serie de dispositivos y acciones, parecería ir generando una serie de prácticas comunes, cotidianas, entre quienes habitan un barrio determinado y quienes otro.

Charlando con una compañera me decía las contrariedades que le generaba, ella vive a cuerdas de la institución donde trabajamos, el tener que elegir escuela para sus hijos. Entre mandarlos a la escuela que está a dos cuerdas de su casa, en el barrio, que tiene una estigmatización, hoy por hoy pasa que los pibes no van más a la escuela que les queda a dos cuerdas [...] vecinos del mismo barrio mandan a sus hijos más lejos como sacándolos [...] y ¿a dónde te lleva ese separarse del otro porque es diferente a mí? (Mariana).

Y también una chica que vive a la vuelta de la institución y está haciendo un esfuerzo enorme porque decidió mandar a su hijo a una escuela fuera del ba-

rrio. La otra vez me contaba que a veces no tienen para almorzar porque están priorizando la tarjeta de colectivo para llevarlo y ella hablaba, por un lado de que él se ponga en contacto con otros neños que hablen distinto me decía, pero también que la educación sea mejor. También hay algo, como un supuesto de que en estas escuelas del barrio no se enseña bien, porque como el supuesto es que todo funciona mal y como no le podemos pedir demasiado a estos pibes porque están hechos mierda o porque viven en determinadas condiciones, entonces hacemos lo que podemos (Carina).

La peor discriminación es la interna, la del propio grupo que evidencia la fuerte fragmentación que vivimos en relación con la totalidad de la que formamos parte. Totalidad que aunque diversa implica unidad. Esta fragmentación impide ver al *otro* como un semejante, un legítimo *otro* en su diversidad. La otredad no reconocida por su diversidad, que en algún sentido amenaza mi identidad (“Yo no soy como ese”) produce miedo y distancia del *otro* que paradójicamente también soy yo. Por lo cual la distancia que en un primer momento puede parecer “social” es en definitiva una distancia del *sí mismo* que no puede reconocerse en el *otro*.

En el discurso de nuestros entrevistados percibimos cierto desazón proveniente de lo que muchas veces se siente como “un callejón sin salida”. Buscamos en este trabajo reunir voces, escuchar y reflexionar para volver a comprender desde un lugar más profundo el sentido de la vida y de lo humano.

Desde esta mirada profunda en la que estamos abordando lo humano, el *otro* no es sólo un ser social e histórico anclado en una coyuntura político-cultural, tampoco es sólo lo que “tiene”, “porta” o “posee”, bienes materiales o culturales en términos de una cosmovisión de mercado. El *otro* es un ser vivo portador de una matriz por un lado biológica (sensorial, operacional, relacional) y, por otro, cultural (valores, representaciones, cosmovisiones), inscrito en una historia personal y social que lo circunscribe (Maturana y Dávila, 2015).

El desafío del ser vivo humano fragmentado en el contexto histórico actual exige tomar conciencia de “nuestra constitución biológica y aceptar que ésta es necesariamente nuestro último fundamento operacional como seres humanos” (Maturana y Verden-Zöler, 2011:192) y restaurar a partir del desarrollo de nuestra afectividad los potenciales genéticos adormecidos y anestesiados por una cultura patriarcal basada en el dominio, control y sometimiento.

Al respecto del uso de esta categoría “inclusión/exclusión social”, la misma conlleva una dimensión espacial que identificamos como “adentro o afuera”. De esta diferenciación se desprende la presencia de un observador quien circunscribe dicho espacio, al ubicarse él mismo y a otros ya sea adentro o afuera, es decir, es este observador quien decide quien se encontraría incluido o excluido.

En relación con ello nos preguntamos ¿quienes son los excluidos/incluidos? y ¿de qué se encuentran excluidos/incluidos?, ¿cómo se configura y quién configura el espacio donde algunos se sienten dentro y otros se sienten fuera?, ¿en qué medida esta configuración del “otro vulnerable” conlleva a una perspectiva mesiánica de “salvadores y salvados” y de “víctimas y victimarios”?, ¿de qué modo esta perspectiva deviene en metodologías territoriales asistenciales, proteccionistas y de mayor vulnerabilización de los supuestamente excluidos?, ¿hasta qué punto esta vulnerabilización no se constituye en una mirada violenta que no reconoce al “otro-semejante” como un legítimo *otro* con todas sus potencialidades de desarrollo y de ser?

Lo expresado anteriormente no significa que desconocemos la existencia de una población con necesidades básicas (alimentación, vivienda y educación, entre otros) no satisfechas. Por el contrario, se busca ir de manera más profunda en el problema que históricamente venimos conceptualizando, a partir de profusos diagnósticos y categorizaciones basadas en la carencia y la pobreza. Estudios sobre la marginalidad, la periferia y la exclusión de un “supuesto centro” incluido en un sistema socio-productivo actualmente muestran su agotamiento y gozan de un “éxito” hoy dudoso. Es por ello que, desde una perspectiva centrada en la potencia del ser (Espinoza, 2007) y no en su carencia, hemos preferido hablar de *integración social*. Aludiendo de este modo a una totalidad (Bohm, 1988) de la acción colectiva que no admite partes ni estigmatizaciones, sino el reconocimiento de subtotalidades que aun siendo parte de un todo emergen de manera diversa. Unidad que hoy nuestro ojo observador ha fragmentado (margen/centro, excluidos/incluidos, vulnerables/exitosos, etcétera) y que requiere de una urgente integración que dé coherencia al holomovimiento de la totalidad-comunidad.

Consideraciones finales

Del “callejón sin salida” al cauce del río que fluye por la diversidad de la vida

El utensilio expresa al hombre frente al mundo, por eso lleva en su estructura un miedo original de vivir que se agrava cuando al utensilio se le agrega la agresión, como cuando invade el espacio y lo llena [...] agredir al mundo con el propio miedo. Es una manera de simular el miedo. Por eso los objetos crean un mundo paralelo al mundo real.

RODOLFO KUSCH, *El patio de los objetos*

La vulnerabilidad, violencia, distancia social, exclusión, etcétera, parecerían conducirnos por barrio Iriondo por un callejón sin salida, peligroso, donde la desconfianza y el miedo se constituyen en modos relacionales dominantes. Determinar un barrio como “peligroso” y diseñar un mapa geográfico del delito implica nuevamente identificar a un observador-estigmatizador que dictamina, fragmenta y reproduce la misma violencia que pretende “combatir”.

Esta cartografía de la violencia, lejos de contribuir a una política de seguridad pública, agrava la fragmentación de una red social altamente dañada por la desintegración. En el sentido que venimos desarrollando, la seguridad tanto pública como personal, ante la cual diferentes grupos sociales se encuentran afligidos, sólo podrá encontrar algún sendero alternativo en este callejón sin salida si cambia el rumbo por el que nos conduce este doble proceso de inclusión/exclusión. Creemos que ese sendero alternativo se asemeja más al flujo que propone el cauce de un río y sus afluentes, donde la apuesta pone el foco en la integración de la diversidad.

Desde esta mirada, la estigmatización aparece como lo altamente inseguro y peligroso. Contrariamente, consideramos que un delicado, cuidadoso y complejo proceso de integración social nos podría conducir a la conformación de comunidades humanas más seguras, sostenidas por la confianza, la solidaridad y la colaboración.

En este proceso de integración, las personas ya no son definidas en términos de víctimas/victimarios sino consideradas *unidades autopoiéticas* (Maturana y Varela, 1984), esto es, personas con capacidad de autogenerarse y regenerarse. Sistemas autoreferentes organizados como una red

cerrada de producciones que generan la misma red que las produjo. Este modo autorreferencial de operar de un sistema, lo convierte de manera simultánea en una unidad autónoma y al mismo tiempo dependiente de su entorno. Es desde esta perspectiva que reconocemos el *poder* como *potencia, capacidad, posibilidad y derecho* de ser legítimamente *otro*.

En el cauce del río que fluye ¿quién propone o sabe cual es la salida? Creemos que en el flujo de este proceso no existe un único sendero, sino más bien diversidad de afluentes que conforman una totalidad, como tampoco existe un único guía (líder, mesías, etcétera) capaz de señalar el rumbo. Es en este sentido que apostamos al diálogo, como ya lo hemos referenciado en trabajos anteriores (Costa, Perlo, De la Riestra, 2007, 2008). Su etimología nos guía, *dia* (fluir) y *logos* (significado). El diálogo requiere de un proceso profundo de exploración de significados que sólo a partir de la escucha atenta permitirá la emergencia de un nuevo significado. Nuestra tarea se encuentra en íntima convergencia con la perspectiva dialógica de Paulo Freire (2003), puesto que al fundarse en un hacer y reflexionar desde una constante transformación práctica de la realidad, propone:

[...] una relación de A + B [...] se nutre del amor, de la humildad, de la esperanza, de la fe, de la confianza. Por eso sólo el diálogo comunica [...] El antidiálogo, que implica una relación vertical de A sobre B, se opone a todo eso. Es desamoroso [...] No es humilde. Es desesperante. Es arrogante. Es autosuficiente. En el “antidiálogo” se quiebra aquella relación de “simpatía” entre sus polos, que caracteriza al diálogo. Por todo eso, el antidiálogo no comunica. Hace comunicados (Freire, 2003:104-105).

El diálogo es “ese encuentro amoroso de los hombres que, mediatizados por el mundo, lo ‘pronuncian’, esto es, lo transforman y, transformándolo, lo humanizan, para la humanización de todos” (Freire, 1998:46).

En este trabajo hemos buscado *revelar* la estigmatización de la violencia en determinados grupos sociales con los cuales estamos investigando-dialogando. Nos referimos al vocablo *revelación* en su doble sentido, no dejarse oprimir y someter y al mismo tiempo mostrarse en su profunda identidad, para refundar un encuentro humano donde la ética basada en la afectividad se constituye en la nueva piedra fundamental de la humanidad.

Referencias

- Austin, John (1982). *Cómo hacer cosas con palabras: palabras y acciones*. Barcelona: Paidós Ibérica.
- Bohm, D. (1988). *La totalidad y el orden implicado*. Barcelona: Kairós.
- Costa, L., C. Perlo y Ma. R. De La Riestra (2007). “El diálogo como estrategia para el desarrollo de la mente colectiva en las organizaciones: hacia un modelo de intervención/segunda parte”, *Revista Comunidade e Familia*, Pontificia Universidad de San Pablo, Brasil.
- (2008). “Herramientas para la implementación del proceso de diálogo en las organizaciones”, *Invenio*, año 11, núm. 21. Rosario: Universidad del Centro Latinoamericano-UCEL, pp. 115-128.
- Spinoza, Baruc (2007). *Ética*. Madrid: Alianza Editorial.
- Foucault, Michel (1975). *Vigilar y castigar. Nacimiento de la prisión*. Buenos Aires: Siglo XXI Editores.
- (1979). *Microfísica del poder*. Barcelona: La Piqueta.
- Freire, Paulo (1998). *¿Extensión o comunicación? La concientización en el medio rural*. Buenos Aires: Siglo XXI Editores.
- (2003). *Pedagogía de la autonomía*. Buenos Aires: Siglo XXI Editores.
- Garriga Zucal, José y Gabriel Noel (2010). “Notas para una definición antropológica de la violencia: un debate en curso”, Buenos Aires [<http://ppct.caicyt.gov.ar/index.php/publicar/article/view/1191>], fecha de consulta: abril de 2014.
- Kessler, Gabriel (2005). *La sociedad excluyente*. Buenos Aires: Siglo XXI Editores.
- Maturana, Humberto y Ximena Dávila (2015). *El árbol del vivir*. Santiago de Chile: MVP Editores.
- Maturana, Humberto y Francisco Varela (1984). *El árbol del conocimiento*. Santiago de Chile: Lúmen.
- Maturana, Humberto y Gerda Verden-Zöler (2011). *Amor y juego. Fundamentos olvidados de lo humano. Desde el patriarcado a la democracia*. Buenos Aires: Granica.
- Perlo, Claudia y Verónica López Romorini (2011). “Aprendizaje colectivo y concepciones del poder: entre la opresión y la potencia para producir cambios organizativos”, *Hallazgos*, año 8, núm. 16, Bogotá: Universidad Santo Tomás Centro de Investigaciones, pp. 133-151.
- Reguillo, Rossana (2008). “Sociabilidad, inseguridad y miedos. Una trilogía para pensar la ciudad contemporánea”, *Alteridades*, 18(36).
- Svampa, Maristella (2005). *La sociedad excluyente*. Buenos Aires: Taurus.